

Entendimiento vs. sentimiento: una crítica con perspectiva histórica desde la ilustración hasta el Siglo XIX sobre la inteligencia artificial (IA).

Núñez Garcés, Avril.

Cita:

Núñez Garcés, Avril (2025). *Entendimiento vs. sentimiento: una crítica con perspectiva histórica desde la ilustración hasta el Siglo XIX sobre la inteligencia artificial (IA)*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/135>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/cm6>

ENTENDIMIENTO VS. SENTIMIENTO: UNA CRÍTICA CON PERSPECTIVA HISTÓRICA DESDE LA ILUSTRACIÓN HASTA EL SIGLO XIX SOBRE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL (IA)

Núñez Garcés, Avril

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El auge de la Inteligencia Artificial (en adelante, IA) ha generado estragos y múltiples debates en un contexto contemporáneo que valora el entendimiento emocional. El presente trabajo halla su camino a través de los conceptos de cuerpo, conciencia y representación en torno a las emociones y pasiones desde una perspectiva histórica que abarca desde la Ilustración hasta el siglo XIX, en diálogo con las tecnologías pertenecientes al mundo actual, particularmente la IA, cuestionando a la emoción misma: ¿qué comprensión tenían estos autores sobre la emoción? ¿Es una capacidad exclusivamente humana? ¿Qué elementos se ponen en juego? ¿Es lo mismo entender que sentir? ¿Qué marca su diferencia? ¿Puede una IA sentir? ¿Entender? ¿O ambos? El análisis de autores clave en la historia de la psicología –como Descartes, Hume, Darwin y James– plantea que la emoción ha sido concebida como un fenómeno corporal, con raíces experienciales y evolutivas. La IA no contiene un problema técnico, sino conceptual, pues la emoción como experiencia humana es irreductible a una simulación racional, incluso en sus formas afectivas o generativas. La reconstrucción histórico-crítica del concepto de emoción permitiría repensar los límites entre lo humano y lo artificial en continua transformación.

Palabras clave

Entendimiento - Sentimiento - Inteligencia Artificial - Historia de la psicología

ABSTRACT

UNDERSTANDING VS. FEELING: A CRITIQUE WITH A HISTORICAL PERSPECTIVE FROM THE ENLIGHTENMENT TO THE NINETEENTH CENTURY ON ARTIFICIAL INTELLIGENCE (AI)

The rise of Artificial Intelligence (from now on, AI) has generated disruptions and multiple debates in a contemporary context that values emotional understanding. The present work finds its path through the concepts of body, consciousness and representation regarding emotions and passions from a historical perspective –from the Enlightenment to the nineteenth century, in dialogue with technologies that belong to the modern world–, questioning emotion itself: What understanding did these authors have of emotion? Is it an exclusively human capacity? What elements are at play? Is understanding the same as feeling? What marks

their difference? Can an AI feel? Understand? Or both? The analysis of key authors in the history of psychology –such as Descartes, Hume, Darwin and James–, suggests that emotion has been conceived as a bodily phenomenon, rooted in experience and evolution. AI does not contain a technical problem, but a conceptual one, since emotion as a human experience cannot be reduced to rational simulation, even in its affective or its generative forms. The historical-critical reconstruction of the concept of emotion would allow rethinking the boundaries between the human and the artificial, in continuous transformation.

Keywords

Understanding - Feeling - Artificial Intelligence - History of psychology

INTRODUCCIÓN

El análisis del fenómeno contemporáneo de la IA, en relación con su capacidad de entendimiento y reproducción sobre las emociones y su incapacidad de sentirlas, comprende una extensión histórica en torno a los procesos cognitivos, afectivos y corporales. La creciente presencia de esta herramienta en la vida cotidiana comprende un interrogante crítico sobre las nociones de cuerpo, conciencia, representación y emoción.

En este marco, se engendran distintas corrientes de pensamiento psicológico y filosófico de autores que proponen concepciones –con sus respectivas continuidades y rupturas–, sobre el origen y la naturaleza de las emociones. El recorrido emprendido desde el racionalismo cartesiano hasta los enfoques evolucionistas del siglo XIX permite comprender que la psicología no se edifica sobre hechos neutros o verdades absolutas, sino sobre procesos históricos que desembocarían en debates persistentes y multiplicidad de disciplinas, respondiendo a su vez a contextos específicos.

El presente trabajo propone reconstruir críticamente las maneras en que la emoción ha sido estudiada desde una perspectiva histórica, con el objetivo de problematizar los límites de la IA en cuanto a su arquitectura y condiciones conceptuales que hacen posible –o no– el sentir emocional como fenómeno humano intransferible, rescatando los aportes pasados interdisciplinarios para pensar los límites actuales entre entendimiento y sentimiento.

Ahora bien, la IA se caracteriza por simular emociones: puede reconocerlas, comprenderlas y analizarlas con creciente precisión. Este desempeño ha sido interpretado como una forma de sensibilidad o empatía lograda a nivel computacional. Sin embargo, esta aparente familiaridad con lo humano activa una pregunta que permanece aún abierta: ¿puede una IA sentir una emoción, además de entenderla? ¿Es la emoción un fenómeno representacional capaz de ser imitada y codificada mediante algoritmos, o es comprendida únicamente como una experiencia real, situada, intransferible e irreducible a cualquier otra forma de simulación ajena a lo humano?

ESTADO DEL ARTE

En la última década, se ha consolidado una sólida línea de análisis sobre emociones como fenómenos corporales, históricos y contextuales en paralelo al desarrollo de tecnologías que permiten medir emociones mediante IA, lo cual pone en manifiesto la tensión entre la posibilidad de simularlas y experimentarlas auténticamente.

Desde un enfoque interdisciplinario, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) abordó esta problemática en un informe sobre *Pensar la inteligencia artificial* (2023), donde Ación, Vera y Goldin subrayan que la IA debe ser entendida como una herramienta interpretativa, y no como un sustituto del sujeto emocional. Los autores advierten que los principales riesgos radican en los marcos éticos y epistemológicos con los que se configuran.

Por su parte, Eisenberg (2000) afirma que percibir y entender emociones ajenas facilita tanto la empatía como la autorregulación emocional (Giuliani, 2015, p. 63), procesos profundamente corporales y situados. Esta distinción entre el mero entendimiento y la experiencia emocional real evidencia uno de los principales desafíos para la IA: replicar una experiencia situada en cuerpos históricos, sociales y sensibles.

La convergencia de estos trabajos sugiere que existe consenso en cuanto a la imposibilidad de replicar de manera fiel las emociones humanas mediante sistemas artificiales, por lo que cualquier aproximación desde la IA debería reconocer y considerar estos límites ontológicos.

Entendimiento vs. sentimiento: Una crítica con perspectiva histórica desde la Ilustración hasta el siglo XIX sobre la Inteligencia Artificial (IA)

Autores contemporáneos, como García de Onrubia (1995), sostienen que los conceptos psicológicos “como las emociones y su relación teórica sobre cuerpo y conciencia” han de tomarse como construcciones históricas para no sucumbir a la tentación de tomarlos como evidencias naturales autosuficientes. La historia de la psicología, lejos de ser lineal, ha sido una serie de intentos por explicar el sujeto moderno en función de las

necesidades de cada época a través de una selección de eventos que han logrado aproximaciones parciales, pero progresivas. Tortosa, Mayor y Carpintero (1990) profundizan esta perspectiva al señalar que la psicología se consolidó como disciplina a partir de modelos científicos que privilegiaron lo observable y lo medible, delegando secundariedad a lo afectivo. Sin embargo, nunca se dejó de lado el estudio de lo emocional y se encuentra en continua mutación, reactualizándose con fuerza frente al avance de tecnologías como la IA. Este resurgimiento manifiesta las transformaciones que han sufrido los conceptos en torno a lo afectivo desde la Ilustración, desarrollándose desde distintas teorizaciones que determinarían la percepción de estas incluso en el contexto actual.

Emprendiendo una mirada retrospectiva, se halla en Descartes un significativo antecedente en su propuesta de la separación entre alma y cuerpo que marcaría un hito en la constitución del pensamiento moderno. En el siglo XVII, en un contexto dominado por el racionalismo y la búsqueda de un conocimiento sistemático, Descartes (1649 [1994]) propuso una concepción dualista del ser humano, donde las emociones eran pasiones del alma causadas por el movimiento de los espíritus animales en el cuerpo. Aunque reconoce su base corporal, subordina a las mismas en la alianza entre cuerpo y alma –independientes, de manera que, por acción y reacción, una sustancia provoca movimientos sobre la otra, sobre la cual se auxilia–, cuya sede se halla en una pequeña glándula ubicada en el cerebro, dado que con él se relacionan los órganos de los sentidos. Desde esta perspectiva, se inaugura una psicología racionalista como rama filosófica, focalizada en la conciencia pensante. Las conceptualizaciones cartesianas comprenden al alma como la sede del entendimiento, lugar donde se experimentan las pasiones porque allí se sienten, lo que permite articular, de manera temprana, razón y afecto. Las pasiones cartesianas son estados del alma que, aunque provocados por el cuerpo, pueden ser conocidos y regulados por el entendimiento, siempre y cuando se les aplique la voluntad como función del alma, sea dirigiéndola en otros pensamientos, o en pasiones contrarias para calmar la agitación de los espíritus animales. Por tanto, emprende un camino de reflexión racional sobre los afectos, dirigiendo el foco de interés moderno hacia una comprensión de las emociones desde la psicología aún ligada a la filosofía metafísica.

Si bien Descartes no hace utilización del término *emoción* en el sentido que aún permanece en la actualidad, se halla un antecedente conceptual de la misma dentro de la categoría de *pasiones del alma*. Este puente histórico permite reconocer el cambio en el vocabulario, así como también la continuidad en los esfuerzos por comprender la interacción mente-conciencia-cuerpo dentro de la vida afectiva.

En cuanto a su analogía mecanicista, Descartes (1637 [2010]) sostiene que incluso si existieran artefactos con forma y movimiento semejante al de los seres vivos, siempre se los podría distinguir de los hombres verdaderos por dos criterios

esenciales: la incapacidad de utilizar el lenguaje para comunicar pensamientos propios, y la imposibilidad de responder con flexibilidad, de manera coherente y significativa, a situaciones nuevas. Aunque pudieran realizar ciertas acciones de forma eficiente, su accionar no provendría del conocimiento, sino de la disposición de sus componentes físicos. Como lo explica Rodrigo González (2016), al no poseer una comprensión real del lenguaje “por tener una cantidad finita de respuestas posibles basadas en los engranajes” (p. 10), las máquinas no piensan.

Por tanto, “por más que estas máquinas hicieran muchas cosas tan bien o acaso mejor que nosotros, se equivocarían infaliblemente en otras, y así se descubriría que no obraban por conocimiento, sino tan solo por la disposición de sus órganos (...)” (Descartes, 1985, como se citó en Rodrigo González, 2016).

Este modelo no permanecería incuestionado. En el siglo XVIII, Hume introduce un giro dentro del panorama, situando las emociones como impresiones de reflexión derivadas de la experiencia sensible, y no como productos de la razón. En el marco de la filosofía empírica, propone una psicología asociacionista, donde las ideas se relacionan con otras impresiones e ideas de forma mecánica por semejanza, contigüidad y causalidad, remitiendo a la experiencia como fuente legítima del conocimiento. En este modelo, las ideas funcionan como representaciones mentales que reproducen, de manera atenuada, las impresiones. Son, en efecto, copias debilitadas de impresiones originales, donde las impresiones de sensación –provenientes de los sentidos– son siempre primarias y, a partir de ellas, mediante procesos mentales de asociación, se generan nuevas ideas que dan lugar a impresiones de reflexión –pasiones y emociones surgidas del interior–. Estas ideas no poseen existencia autónoma, sino que dependen enteramente de una experiencia previa. En este sentido, una IA, desprovista de impresiones sensibles –experiencia única, personal e intransmisible–, carecería del fundamento sobre el que, para Hume, se construyen tanto el pensamiento como la emoción. No contiene la capacidad de crear representaciones en sentido empírico y experiencial –es decir, humano–, de modo que sus ideas no derivan de impresiones vividas, sino de códigos algorítmicos programados. Por otro lado, la IA generativa, por pedido, puede expresar, pero no sentir la emoción.

En el *Tratado de la naturaleza humana*, Hume (1739 [1981]) cuestiona la noción cartesiana del alma como sustancia separada del cuerpo, ya que, en tanto cosa, no es posible percibirla con los sentidos más que a través de la relación de impresiones e ideas. Para él, el conocimiento no es producido por un alma racional, sino por la experiencia sensible que afecta al sujeto. Consecuentemente, la razón no actúa como guía absoluta del juicio, sino como una pasión más, apacible. Siendo subordinada a las pasiones más violentas, se establece así una relación asimétrica entre entendimiento y sentimiento: no es la razón quien gobierna las emociones, sino las emociones que orientan la razón. Por ello, afirma que “la razón es y sólo puede ser la esclava de las pasiones y no puede pretender otro oficio más

que servir las y obedecerlas” (p. 208).

Esta concepción, en la que el sentir orienta al entender, cuestiona profundamente las bases racionalistas cartesianas y, por extensión, los modelos actuales de IA. Si el juicio humano está guiado por pasiones con raíces en el cuerpo fisiológico, entonces cualquier intento de simulación sin incorporación del aspecto sensible, resultaría incompleto. La IA, diseñada para interpretar, reelaborar e incluso razonar en función de algoritmos específicos y de su interacción con lo humano, carece de esa afectividad que, siguiendo esta línea de pensamiento, constituye el núcleo mismo del conocer, ampliando así la distancia entre el entender y el sentir.

La consolidación de la psicología como disciplina científica en el siglo XIX y el surgimiento de nuevas influencias resultó en propuestas como la de Darwin (1872 [1987]), quien plantea que la expresión de las emociones tiene una base biológica, nerviosa, fisiológica y expresiva, con gran valor útil dentro de la interacción, permitiendo la comunicación entre individuos y facilitando la supervivencia –a través del rostro, la postura, el tono, etc.–. La emoción es, desde su perspectiva, una función heredada desde los orígenes evolutivos. Así, la emoción no solo se expresa en el cuerpo, sino que surge de él como una huella evolutiva. Asimismo, la interacción humana con la IA no anula la expresión de las emociones en el individuo. Pero, ¿qué ocurre desde la IA? ¿Puede expresar emociones? ¿O sentirlas? Los mecanismos de imitación en los humanos como aspectos adquiridos –y no heredados–, ¿son equivalentes al aprendizaje de la IA a través de su interacción con lo humano? ¿Es determinante en función al sentir o a la expresión de las emociones? Estos interrogantes revelan el riesgo de reducir la emoción a una respuesta imitativa, tanto en humanos como en la IA. Mientras que en los primeros la imitación se inscribe en una historia corporal, afectiva y social, la IA carece de un trasfondo experiencial que le otorgue autenticidad al sentir. Por tanto, aunque es capaz de replicar y aprender patrones emocionales a partir de su entorno, no logra traspasar el umbral del sentimiento genuino, permaneciendo en el terreno de la simulación y limitándose al entendimiento.

James (1884 [1985]), siguiendo los aportes darwinianos, explica que la emoción no es un estado interno previo, sino la percepción de los cambios corporales que se producen frente a un estímulo. Es decir, primero ocurre una respuesta fisiológica –donde la emoción se halla acentuada en el trastorno corporal– y luego, la conciencia percibe este síntoma como una emoción. Entonces, lo emocional surge desde el cuerpo como experiencia orgánica interpretada a partir de una representación. Esta formulación, fuertemente influida por la teoría evolutiva, subraya la importancia del cuerpo fisiobiológico en la producción de lo afectivo. La emoción auténtica se encuentra anclada en una interacción viva, inmediata y corporal con el entorno. De ahí, la IA, al carecer de cuerpo como base biológica para experimentar el mundo, no puede acceder al sentir genuino. La IA puede simular, pero no establecer vínculos interpersonales corporales,

por lo que, donde no hay cuerpo, no hay emoción sentida, solo representación.

Estas teorías desafían cualquier idea de emoción desligada de lo fisiológico. La IA, al carecer de sistema nervioso, historia filogenética o capacidad de respuesta somática, puede simular emociones, pero no sentirlas. Su arquitectura técnica impide una experiencia emocional real.

CONCLUSIONES

Tal como se ha propuesto, la imposibilidad del sentir de la IA no se trata de un problema técnico, sino conceptual, pues la emoción como experiencia vivida es irreducible a una simulación racional. El presente trabajo reafirma esa tesis al mostrar que lo emocional ha sido concebido, a lo largo de diversas tradiciones filosóficas y psicológicas, como un fenómeno físico, subjetivo y estrechamente vinculado a la historia del cuerpo humano e individual.

Actualmente, el desarrollo de la inteligencia artificial afectiva –o simulación emocional– ha permitido que las máquinas repliquen expresiones humanas mediante algoritmos entrenados para detectar, entender y responder a connotaciones emocionales. Sin embargo, esta capacidad no implica un afecto experimentado de manera real. Retomando las teorizaciones darwinianas, una IA carece de base biológica heredada filogenéticamente, y aunque puede simular expresiones, no puede dotarlas de sentido, representando entonces una apariencia vacía: un gesto sin cuerpo, una reacción sin experiencia.

Al preguntarse si una máquina puede sentir, se reactiva ese antiguo debate entre racionalismo y empirismo, mente y cuerpo, representación y experiencia vivida, junto con el auge del naturalismo biologicista. Entonces, ¿bajo qué fundamentos se autoriza a una IA a entender emociones?

El recorrido realizado muestra que la pregunta sobre la capacidad emocional de la IA remite su extensión a lo largo de la historia de la psicología, donde la emoción ha sido pensada como un fenómeno situado en el cuerpo humano, sentido, percibido en la conciencia y cargado de historia, por lo que se halla una diversidad teórica sobre distintos modelos, donde los autores han coincidido en rechazar la idea de emoción como algo puramente representacional.

Curiosamente, la analogía cartesiana del cuerpo como máquina podría llevar a asumir que una IA, diseñada con precisión para simular la perspectiva humana, podría también replicar sus emociones. Sin embargo, dentro de este modelo, el cuerpo –*res extensa*– es capaz de generar movimientos y percepciones mediante los espíritus animales, pero es el alma –*res cogitans*– la que reconoce estos sucesos a partir de ideas innatas. Así, incluso en una concepción mecanicista, se reconoce al alma pensante como una instancia irreducible al funcionamiento físico. Los distintos aportes teóricos expuestos evidencian que una IA carece de varios componentes fundamentales para igualar

aquello que constituye lo sustancialmente humano: el sentir. Cassani y Pérez Amuchástegui (1960-1961) señalan esta visión del conocimiento como respuesta a un modelo epocal que privilegió lo racional por sobre lo sensible. La IA, como resultado de esta herencia, es una instancia racional sin cuerpo, capaz de entender pasiones, pero incapaz de sentirlas por sus carencias estructurales, pues el cuerpo es una máquina cibernética.

Incluso una IA como ChatGPT (ChatGPT, comunicación personal, 19 de mayo de 2025) reconoce esta imposibilidad: puede comprender las emociones como estructuras conceptuales, pero no sentirlas, ya que no posee cuerpo ni conciencia subjetiva. Esta afirmación refuerza el eje crítico del trabajo: entender no es lo mismo que sentir, y esa diferencia marca un límite entre lo humano y lo artificial.

En definitiva, los conceptos psicológicos, como el de emoción, deben entenderse como construcciones teóricas que requieren de un continuo cuestionamiento, invitando a reflexionar sobre la posibilidad de redefinir dicho concepto en el contexto de las tecnologías emergentes. Este empalme permite delimitar lo emocional en relación con lo humano, y comprender que la oposición entre entendimiento y sentimiento no es sólo una distinción funcional, sino una expresión profunda del pensamiento moderno. Así, esta crítica histórica permite recuperar una noción compleja de emoción, irreducible a la simulación.

BIBLIOGRAFÍA

- Ación, L., Goldin, A. P. y Vera, N. (2023). *Pensar la inteligencia artificial: aportes desde la ciencia y la tecnología*. CONICET. Recuperado de <https://www.conicet.gov.ar/pensar-la-inteligencia-artificial/>
- Cassani, J. L., y Pérez Amuchástegui, A.J. (1960-1961). *Conocimiento sistemático de la historia*. Revista de Historia Americana y Argentina, III (5 y 6). 217-228.
- Darwin, C. [1872] (1987). Consideraciones finales y resumen. En Darwin, C. *La expresión de las emociones en los hombres y en los animales*. Cap 14. Madrid: Sarpe.
- Descartes, R. [1637] (2010). Segunda parte. En *El discurso de Método*. Madrid: Espasa Calpe.
- Descartes, R. [1649] (1994). *Tratado de las Pasiones del alma*. Barcelona: Planeta.
- García de Onrubia, L. F. (1995). *Cuestiones previas al estudio de la Historia de la Psicología*. Tesis: Nro 1, 1-4.
- Giuliani, M. F. (2015). Inteligencia emocional: definición, modelos y medidas. *Repositorio Institucional CONICET*. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/62325>
- González, R. (2016). *El entendimiento lingüístico en la Inteligencia Artificial: Una relación ambivalente con Descartes*. IF Sophia 2 (7). 1-32.
- Hume, D. [1739] (1981). *Tratado de la naturaleza humana* (L. Villanueva, Trad.). Madrid: Editora Nacional.
- Hume, D. [1757] (1990). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*. España: Editorial del Hombre, Ministerio de Educación y Ciencia.

- James, W. [1884] (1985). ¿Qué es una emoción? *Estudios de Psicología*, 6:21, 57-73. DOI: 10.1080/02109395.1985.10821418
- OpenAI. (2023). *ChatGPT* (versión del 14 de marzo). [Modelo de lenguaje grande]. Recuperado el 19 de mayo de 2025, de <https://chat.openai.com/>
- Sánchez, C. (2019). *Normas APA - 7ma (séptima) edición*. Normas APA (7ma edición). Recuperado de <https://normas-apa.org/>
- Tortosa, F., Mayor, L. y Carpintero, H. (1990). *La Historiografía de la Psicología: Orientaciones y Problemas*. En Tortosa, F., Mayor, L. y Carpintero, H. (Comp.). *La Psicología contemporánea desde la Historiografía* (pp. 25-42). Barcelona: PPU.